

EL RINCÓN DE VÍKTOR

EL SIETE DEL SPORT TEAM JEYMA

Martes, 22 de Julio de 2008

El olvido de un héroe español

Dicen que la Historia es la ciencia que estudia el pasado. Para que se pueda hacer correctamente Historia, por lo tanto, debemos recordar con gran precisión todo lo acontecido. Esa es la llama que aviva todo conocimiento histórico, el deseo de no guardar en el olvido todo aquello que fuimos como especie, o como pueblo. No debemos guardar en el olvido, triste cajón el del olvido, todo lo positivo que hemos sabido desarrollar como especie dominante. Pero tampoco debemos olvidar u obviar lo malo, que desafortunadamente también nos ha caracterizado. Dicen que el cometido que tiene la Historia es darse a conocer para evitar que los errores del pasado se vuelvan a cometer. No sé si los aciertos deberían repetirse y por eso debemos recordarlos.

La Historia reciente de nuestro país ha tenido un protagonista indiscutible y sin él, con toda seguridad, España no sería el país que hoy es. Es justo reconocer que la Transición española ha sido el periodo más fructífero y el más valioso que España ha tenido en el pasado siglo XX. Siempre que se habla de este periodo, todos se esfuerzan en valorar a sus protagonistas en su justa medida. Pero todo en la Historia tiene su lado trágico, por muy espléndido que sea el periodo.

Como dije en el primer párrafo, la llama que aviva a la Historia es el deseo de no olvidar todo lo que se hizo, lo que hicimos, o lo que hicieron. Un historiador se debe servir de su memoria, su prodigiosa memoria (un historiador desmemoriado no sirve para nada) para trabajar en lo suyo. Pero he aquí la cuestión que motiva estas palabras. La Historia también la deben escribir y contar sus protagonistas. De hecho, en realidad buena parte del trabajo histórico se compone de las experiencias de los personajes históricos que nos llegan a través de sus escritos. Pero hoy, la Historia reciente de nuestro país ya no puede contar con la experiencia de su actor principal. Ha dejado algunos escritos y algunas confidencias que poco a poco se están dando a conocer. Pero el llamado *Héroe de la Transición* ya no puede contribuir a que los historiadores hagan la Historia.

La tragedia de Adolfo Suárez comenzó prácticamente en el momento en que dejó de ser presidente del gobierno. Su esposa pasó por un cáncer al que no pudo sobrevivir. Su hija Mariam también pasó por lo mismo y con el mismo resultado. Las derrotas políticas que sufría en las elecciones eran una tragedia secundaria para nuestro héroe. Cuando un hombre aporta tanto bien a su país y a la Historia, el destino siempre le prepara un futuro encumbrado y florido. Pero la realidad, aquello que la Historia debería tratar con mayor profundidad y que sin embargo casi siempre se olvida (ahora se está empezando a estudiar la verdadera realidad social de los distintos periodos históricos), la realidad es algo muy distinto. Se dice que Suárez tuvo que pactar con el diablo para llevar a cabo todo el maravilloso y difícil proyecto político que le tocó encabezar. Y aunque obviamente eso era una metáfora, ahora ya hay quienes ven un atisbo de realidad en aquello. Yo no creo en la mala suerte. O se tiene suerte o no. La suerte debió abandonar a Suárez algún día de 1981. Posiblemente, a finales de enero de ese año. Pero no iba a ser lo único que lo iba a abandonar.

Desde 1981, Suárez se ha visto sacudido por una retahíla de pérdidas irreparables para cualquier persona. En primer lugar, su autoestima y talla política sufrieron un enorme varapalo cuando creyéndose líder del centro-derecha pensaba que obtendría un éxito en las elecciones de 1986. Obtuvo sus diputados, pero muchos menos de los que se esperaba. Desde entonces, Suárez ha sido un cadáver político. Pero contaba como el verdadero artífice de la situación política nueva que tenía el país. Después, la muerte de su mujer lo dejó viudo. Seguramente haya sido un palo muy fuerte. De hecho lo ha sido. Suárez cayó desde entonces en una espiral de la que no ha podido salir. Es como quien está en el ojo del huracán e inevitablemente sabe que tarde o temprano, se verá arrastrado con él. La enfermedad de su hija Mariam hizo que se olvidase de la política por completo y se dedicara a su familia. Pero Mariam falleció por los mismos motivos que lo hizo su esposa. Desde entonces, Suárez ha estado acompañado por sus otros dos hijos. Pero él tampoco se iba a librar de su tragedia propia. Si es que ya no es suficiente tragedia que tu mujer y tu hija se te mueran. El alzheimer posiblemente ha evitado a Suárez que recuerde la triste historia reciente de su familia y la suya propia. Pero se ha llevado por delante el recuerdo del mago de la transición.

Suárez ya no podrá nunca más recordar cómo fue nombrado por el Rey presidente del gobierno. Cómo aprobó la ley para la reforma política, con el respaldo de todo el país. Cómo legalizó el partido comunista jugándose el cuello con el ejército. Cómo inició el camino hasta otorgar al país de una Constitución. Pero sobre todo, nunca nos contará los motivos reales de su dimisión como presidente del gobierno a principios de 1981. Si España es un país democrático hoy, en gran medida se debe al trabajo espectacular de Adolfo Suárez. Pero hoy, Suárez no es más que un muñeco de trapo, una figura en el museo de cera, la imagen en blanco y negro de una foto del pasado cercano. Es una reliquia del último canto de cisne de nuestra historia como país (y la verdad es que no hemos tenido muchos cantos de cisne como país). Pero Suárez ya no reconoce a sus hijos. No sabe quién es. No se acuerda. Ahora Suárez vive un retiro intelectual sobre las tranquilas pero oscuras aguas del olvido. Quien olvida su historia está condenado a repetirla. Suárez posiblemente ya lo esté. Pero posiblemente exista justicia divina. Y en virtud de esa justicia Suárez ya no sufrirá más condenas. Ya ha sido suficientemente condenado. Condenado por evitar una guerra civil hace unos treinta años en España. Condenado por iniciar en España un camino que abandonó en 1936.

El otro día, Suárez recibió la visita de un buen amigo. Un amigo a quien no reconocía. Pero un amigo que, aunque él no lo recuerde lo ha estado acompañando desde 1976. Le entregó un collar que debía ser muy importante. Quienes todavía conservamos nuestras facultades mentales sabemos que lo que le entregó era el *toisón de oro*, que gratifica a los personajes más ilustres de nuestro país. Pero Suárez no sabe qué es eso. Ya no le hace falta, en realidad. Suárez ha hecho Historia. La hizo hace treinta años. Su retiro creo que es bastante justo. Aunque en las condiciones en las que se encuentra (intelectualmente) borran cualquier atisbo de justicia sobre él. El Suárez histórico ya no es más que un fantasma. Actualmente, Suárez consume sus últimos días luchando contra el mayor enemigo que ha tenido: la enfermedad. Siempre ha sido vencido por ella y sabe posiblemente que esta vez también será así. Pero ese ha sido su destino, su fortuna, el último escalón de su tragedia.

Dedicar este artículo a la persona de Adolfo Suárez sería inútil. Sé que ni siquiera él sabe quien es, con lo cual, dedicárselo a una persona que no puede recibir la dedicatoria es inútil. En su lugar, el artículo lo voy a dedicar a un colectivo que creo, a día de hoy, somos el mayoritario de nuestro país. Éste artículo va dedicado a todos los que creemos en la obra de Suárez y los protagonistas de nuestra transición. Sondeando la historia de nuestro país, se puede comprobar que la democracia no ha sido un régimen afortunado. Ahora ya sí lo es. Los demócratas debemos recordar la ingente obra de Suárez y los protagonistas de la Transición, a pesar de que Suárez ya no lo recuerde. Pero ése es el mejor homenaje que le podemos hacer. Ha perdido su memoria, pero no nuestro reconocimiento. Ni el tributo que en justicia, le debe hacer la Historia.

Gracias a todos por haber leído este artículo. Un abrazo de Víktor. 22-7-2008.



El Rey en su visita reciente a Suárez pasa la mano por encima del hombro a quien fue su amigo durante tantos años. Ahora su amigo no lo reconoce, pero aun así el peso de una enorme amistad resurge. Posiblemente, el alzheimer no ha podido derribarla. Ése es el verdadero valor de la AMISTAD. Y la escribo con mayúsculas porque la verdadera amistad debe escribirse en mayúsculas y con letra clara. Pues eso es precisamente lo que la definen: su grandeza y su claridad.